

Agosto 20 de 1953

29ª REUNION — Continuación de la 25ª SESION ORDINARIA

Presidencia del contraalmirante (R.) ALBERTO TEISAIRE,  
presidente provisional del Honorable Senado

Secretarios: señores ALBERTO H. REALES y SANTIAGO A. JOB

SENADORES PRESENTES:

ALBARINO, Ramón A.  
AMADO, Elías Teodoro F.  
ANGULO, Rodolfo Antonio  
ANTINUCCI, Atilio  
BAZAN, Miguel Angel  
BRISOLI, Blas  
CALVINO DE GÓMEZ, María Rosa  
CASCO DE AGUER, María del Carmen  
CORREA, Antonio Eduardo  
CORRECHÉ, Susana  
DE PAOLIS, José Guillermo  
DI GIROLAMO, Elena  
FERRARI, Juan Antonio  
GIMÉNEZ, Francisco  
HERRERA, Paulino B.  
IBARGUREN, Prudencio M.  
ITURBE, Alberto J.  
JUAREZ, Carlos A.  
LARRAURI, Juana  
NAVARRO, Ramón M.  
PIERANGELI VERA, Humberto  
PINEDA DE MOLINS, Hilda Leonor  
RIERA, Fernando  
RODRIGUEZ LEONARDI DE ROSALES, Elvira E.  
RUIZ VILLASUSO, Eduardo Pío  
TEISAIRE, Alberto  
VELAZCO, J. Filomeno  
XAMENA, Carlos  
ZAVALA ORTIZ, Ricardo

AUSENTES, CON LICENCIA:

CASTANEIRA DE BACCARO, Hilda Nélida  
DURAND, Alberto  
LUCO, Francisco R.

SUMARIO

- 1.—Continúa la consideración del despacho de la Comisión de Presupuesto, Hacienda y Asuntos Económicos en el proyecto de ley en revisión, sobre radicación de capitales extranjeros en el país.
- 2.—A moción del senador De Paolis, se resuelve pasar a cuarto intermedio.

—En Buenos Aires, a los veinte días del mes de agosto de 1953, siendo las 16 y 50, dice el

Sr. Presidente (Teisaire). — Continúa la sesión.

1

RADICACION DE CAPITALS EXTRANJEROS  
EN EL PAIS

Sra. Correché. — Pido la palabra.

En mi condición de miembro de la Comisión de Presupuesto, Hacienda y Asuntos Económicos, voy a informar a la Honorable Cámara, en particular, el proyecto de radicación en nuestro país de capitales extranjeros, oportunamente enviado a la Honorable Cámara de Diputados por el Poder Ejecutivo, y que ya cuenta con la sanción de esa Cámara.

El fin de este informe es adecuar a las disposiciones de la Constitución Nacional el texto legal en discusión, que estoy segura merecerá la sanción de la Honorable Cámara, ya que el origen legal de nuestra economía constitucional depende, naturalmente, de la Carta Magna; y también con el propósito de que en una posible y futura hermenéutica de la ley, se recurra a la fuente, consultando la presunta voluntad del legislador, que, como se sabe, aclara, sintetiza y permite al poder que la aplica escudriñar y descubrir posibles interpretaciones no previstas en la parte dispositiva.

El proyecto fué informado en general en la sesión de ayer. Por eso no me referiré a la necesidad, conveniencia y oportunidad de la ra-

dicación de capitales extranjeros en nuestro país. Pero sí diré que nos encontramos con dos extremos perfectamente coincidentes: el ofrecimiento y el interés general en el exterior de colocar capitales en Argentina y el otro, la situación geográfica, elementos humanos, consolidación jurídica y paz necesaria en este lugar de la tierra, que, a no dudarlo, es el más adecuado para el pequeño ahorrista de Europa, que asustado por una posible guerra y el influjo del comunismo en los años venideros, vuelve sus ojos a la República Argentina para invertir en ella su capital, en la seguridad de que obtendrá una buena renta por el tratamiento jurídico y equitativo que hará nuestro país, haciendo honor a los compromisos que, a fuerza de sacrificios y de sangre del propio pueblo, ha cumplido siempre desde la época en que, desgraciadamente para nuestra economía, se contrataron los primeros empréstitos, que tardaron hasta setenta años en ser pagados.

El artículo 1º del proyecto de ley señala que los capitales provenientes del extranjero se invertirán en la industria y en la minería. Como se ve, es enunciativo y no taxativo, puesto que la palabra «industria» comprende tanto a la de extracción, como energéticas o de cualquier otra naturaleza, dejando a salvo, naturalmente, como lo veremos en los artículos subsiguientes, la posibilidad de que el poder administrador, que tiene en sus manos todos los hilos de la economía nacional, la capacitación, la estadística y la información necesaria, diga en qué momento, con qué monto y a qué destino serán enviados esos capitales que se ofrezcan en el futuro. Este proyecto nos habla de la instalación de plantas nuevas o bien de la asociación con las ya existentes, o sea paralelamente a las que existen en el país, perfeccionándolas. En lo que se refiere a las plantas nuevas existe un criterio integral en el sentido de que los capitales provenientes del exterior deberán traer consigo los elementos necesarios para que se integre realmente la industria, repuestos y la materia prima suficiente para que pueda evolucionar sin que se le creen problemas de abastecimiento, que serían inconvenientes en este momento.

Con respecto al perfeccionamiento técnico de nuestra industria, es necesario decir que por culpa de la última guerra, desde hace 8 ó 10 años, se ha venido deteniendo. Es menester que los grandes descubrimientos y perfeccionamientos logrados en Europa y en Estados Unidos de Norteamérica lleguen hasta nosotros, ensamblando los poderes del pueblo, la riqueza del suelo y la extraordinaria potencialidad del subsuelo argentino, que, en cierto modo, todavía desconocemos.

El artículo 2º del proyecto destaca cómo podrán ingresar los capitales extranjeros a nuestra economía: podrán hacerlo bajo forma de dinero o divisas, es decir, en metálico, o bien

bajo forma de maquinarias, equipos, herramientas y otros bienes productivos necesarios para el desarrollo integral de la actividad a la que se dedicará el inversor.

Acerca de las divisas no hay problema, puesto que el metálico podrá ser empleado en la constitución de sociedades, que se tiene el propósito sean buenas licitantes en los planes de gobierno.

Posiblemente sea uno de los modos más convenientes de utilizar el capital traído del extranjero, vale decir, que no habrá de quedar en manos foráneas, como equivocadamente se afirmó en la otra Cámara, sino que el gobierno utilizará las empresas así constituidas para que provean los elementos, maquinarias y materiales necesarios para la explotación minera en especial, cuyo incremento es uno de los objetivos fundamentales previstos en el segundo Plan Quinquenal de Perón.

Con respecto a las maquinarias, equipos, herramientas y otros bienes productivos, otras disposiciones de la ley determinan las condiciones en que ese material debe encontrarse.

Adelanto desde ya que todos esos elementos deben ser traídos como fuentes de producción, es decir, que ese capital traído a la Argentina, inmediatamente dará su fruto, pues la mercadería que se produzca, al ser enviada al exterior, determinará un saldo favorable para nuestra economía.

La formación completa de la planta industrial se contempla en otras disposiciones del proyecto de ley en consideración.

Dice el artículo 3º: «Las inversiones extranjeras que se realicen de acuerdo con la presente ley deberán ser previamente aprobadas, en cada caso, por el Poder Ejecutivo nacional...» Significa que existe un control, que el poder administrador, preparado para esa tarea, informado con estadísticas a la vista y teniendo en cuenta las necesidades de la Nación y las regionales, puede en cada caso concreto decir si ese capital debe o no ser introducido al país, hasta qué monto y con destino a qué industria.

La ley determina qué condiciones deben reunir las inversiones para la aprobación de su ingreso al país. El inciso a) del artículo 3º dice: «Que la actividad a la que se destine la inversión contribuya a la realización del desarrollo económico previsto en los planes de gobierno, traduciéndose directa o indirectamente en la obtención o economía de divisas». La planta que se instale deberá producir mercaderías suficientes para enviar al extranjero, en una favorable balanza de pagos, o de lo contrario, al ser utilizadas entre nosotros, no tendremos necesidad de emplear divisas para su adquisición. En cualquiera de esas situaciones se ahorra el metálico, que es uno de los fines que se propone el gobierno del general Perón.

Por otra parte, el poder administrador consultará las necesidades del pueblo y, en especial, las regionales, porque no es lo mismo ins-

calar una planta hidroeléctrica donde no existen, por ejemplo, caídas de agua. La consideración concreta de cada caso particular sólo puede hacerlo el poder administrador que cuenta con sus ministerios técnicos, personal habilitado para esa tarea y con la suficiente agilidad administrativa que le permitirá en cada pedido de ingreso de capitales del exterior manifestar en qué condiciones será suscrito el convenio respectivo.

Con un criterio poco constructivo en la Cámara de Diputados se expresó que en cada caso el Congreso debía otorgar permiso para la radicación de capitales extranjeros. Imagínense los señores senadores lo que significa un convenio preparado por el poder administrador, que en cada caso debe ser sancionado por ambas Cámaras legislativas... Es aberrante, y me extraña que los opositores de la Cámara de Diputados, que tienen experiencia parlamentaria, se hayan permitido decir semejante cosa.

Por otra parte, el Poder Ejecutivo puede prever también todos los elementos que la planta a instalarse necesite y el tiempo de evolución; por lo tanto, en el convenio estipulará en metros, kilogramos o en la medida que corresponda, todos los elementos que el inversor debe traer, para que esa planta, con el tiempo suficiente para su evolución, no cree al poder administrador ningún problema de adquisición de repuestos ni de maquinarias.

El inciso b) del artículo 39 dice: «Que en los casos de capitales que se incorporen bajo la forma de bienes físicos, éstos comprendan todas las máquinas, equipos, herramientas y otros elementos...», etcétera.

Esta es la tarea de la integración de industrias que acabo de señalar al ocuparme de otras disposiciones.

Esa condición es indispensable, puesto que los elementos que se introduzcan al país, posiblemente, sean maquinarias de alta tecnificación que no existan en la República Argentina, y no sería lógico que trajeran una parte de las maquinarias que permitirían obtener un producto y no las máquinas necesarias para la instalación integral de la industria. Es una tarea de economía política que comprende toda la fase indispensable para la instalación integral de una industria y que ha dado origen a las llamadas industrias en cadena, o sea, que desde el faenamiento del cerdo hasta la manufactura de la valija realizada con su cuero, que sale por el otro lado, se completa la evolución. En este caso, las industrias que se instalarían en la República Argentina traerían todos sus elementos de maquinarias, otros para asegurar la instalación total de la planta, y hasta materias primas y repuestos necesarios para su normal funcionamiento.

En este sentido no se plantearía ningún problema al poder administrador.

El inciso c) del artículo 39 señala que las maquinarias y equipos deben ser nuevos o en-

contrarse en perfecto estado de conservación y responder a sistemas modernos. Por una parte, se exige que este material sea nuevo o se encuentre en perfecta conservación, para evitar así el peligro de que algunos equipos que ya fueron empleados en la ejecución del plan Marshall en Europa central, sean destinados a nuestro país, engañándonos con la importación de esa maquinaria y tasándola a un precio tal como si fuera nueva. Nadie más que el poder administrador, por intermedio de sus organismos técnicos, podrá asegurarnos que ese material sea nuevo o se halle en buen estado para su uso.

Además, debe responder a sistemas modernos y eficientes de producción, o sea, de alta técnica, que es lo que nuestro país requiere.

El inciso d) del mismo artículo 39 destaca que el precio de los bienes físicos que integren la inversión será el corriente en los mercados de exportación a la fecha del ingreso al país.

También habrá que vigilar que no se abulten exageradamente los montos por elementos venales que parezcan de un precio que no se ajuste al real. Nadie más indicado que el poder administrador, por medio de sus organismos competentes, para decir cuándo esos elementos están tasados al verdadero precio del mercado internacional en la época, naturalmente, de su ingreso al país.

El artículo 49 establece que los capitales extranjeros que ingresen, de acuerdo con la presente ley, quedarán sujetos a la legislación argentina y equiparados a los capitales nacionales.

Aquí se presentan dos procesos: cuando el capital extranjero no ha ingresado aún al país, se encuentra amparado por los beneficios de esta ley. Pero una vez que está instalado y radicado entre nosotros, no podrá tener un tratamiento distinto al de los capitales existentes en Argentina, puesto que, de ser así, habría una anarquía que no es posible aceptar. La franquicia rige hasta que el capital queda incorporado a la economía nacional como capital extranjero no nacionalizado; luego, se le acuerda el tratamiento habitual para los capitales nacionales que trabajan en nuestro país. Esta disposición es de gran conveniencia.

Por cuanto la legislación comercial y civil, y los reglamentos administrativos del país son conocidos, el inversor del exterior puede conocer en cualquier momento el tratamiento que se le va a dar. Y por último, está el convenio, que dió bastante que hacer en la Cámara de Diputados, o sea el contrato especial, concreto en cada caso, que hará el poder administrador, que no tendrá más tope que esta ley y la Constitución Nacional, vale decir, con la elasticidad y profundidad necesarios para que se traigan capitales, cubriendo a un sinnúmero de industrias interesantísimas, novedosas y de alta tecnificación. El segundo párrafo del artículo 19 dice: «Las empresas que se constituyan con



esos capitales deberán organizarse de acuerdo con la legislación vigente y ajustar su acción a las directivas de los planes de gobierno. Estas empresas recibirán un tratamiento igual al que reciben empresas argentinas similares.»

Naturalmente, una vez que estén en Argentina el tratamiento es similar al acordado a las empresas ya instaladas, además de las ventajas que les otorga esta ley por anotarse en el registro que se crea en un artículo posterior, de conformidad con los planes de gobierno. Los capitales no podrán dedicarse a la actividad económica que se les ocurra como en el antiguo individualismo, en que especulaba con los bienes de producción, sino que deben concurrir a tecnificar e industrializar en los lugares que expresamente les indique el poder administrador, de acuerdo con sus técnicos.

El artículo 5º habla del registro, y dice: «Para tener derecho a los beneficios que conceden los artículos 6º y 10, los inversores extranjeros deberán solicitar la inscripción de sus capitales en el registro nacional que se creará a ese efecto.» En casi todos los países que cuentan con leyes de radicación de capitales extranjeros existen registros de este tipo. En Colombia, por ejemplo, se lo llama Oficina de Cambios. Este registro deberá estar al día. De ese modo, permitirá en cualquier momento conocer el balance de la sociedad, es decir, que cuando después de dos años se permita el envío de dividendos al exterior, y a los 10 años la amortización de capitales, en cualquier momento el registro tendrá su composición. De esta forma, se conocerá el envío de dividendos, y cuando disminuya el capital decrecerá la remisión de esos dividendos. Suponemos que este registro será llevado por el Banco Central, organismo competente que cuenta con eficiente personal técnico.

El artículo 6º dice: «A partir de los dos años de la fecha en que la inversión extranjera haya sido inscrita en el registro mencionado en el artículo 5º, el inversor tendrá derecho a transferir al país de origen utilidades líquidas y realizadas, provenientes de la misma inversión, hasta el 8 % sobre el capital registrado que permanezca en el país, en cada ejercicio posterior anual.»

Se permite, pues, a estos capitales el margen interesante del 8 % para que puedan, en un ciclo de dos años, lapso suficiente para una completa instalación y al mismo tiempo, una posibilidad de prever las perspectivas para el futuro, remitir a los pequeños ahorristas, que se supone integran el capital, el 8 % de las utilidades líquidas y realizadas. Como ya veremos, esas remisiones deberán hacerse con dineros propios de los capitalistas inversores.

El artículo 7º es complementario del anterior y dice que «los inversores extranjeros tendrán derecho a capitalizar e inscribir como capital extranjero las utilidades que pudieran trans-

ferir, de acuerdo al artículo anterior, que no hubiesen transferido por su voluntad expresa». Es decir, que se inscribirán, si el capitalista así lo desea, como capital, y tendrán el mismo trato y la misma antigüedad que el capital originario. Cuando no exista esa manifestación de voluntad será considerado como capital nacional y quedará definitivamente radicado en Argentina, perdiendo, en consecuencia, los beneficios que otorga esta ley. Así lo dice el artículo 8º: «Las utilidades cuya transferencia dentro de las condiciones indicadas en el artículo 6º no se hubiere solicitado, o que no se decidiera capitalizar y registrar como capital extranjero, al igual que todo excedente de utilidades sobre el mencionado por ciento, quedarán definitivamente nacionalizadas y no podrán ser transferidas al exterior bajo ningún concepto.»

Existe, pues, la posibilidad, no remota por cierto, de que el inversor, al ver que su industria prospera, se arraigue con su trabajo, con su explotación y llegue el momento en que ese capital quede definitivamente incorporado a la economía nacional.

El artículo 9º se refiere a la repatriación del capital y dice que «las utilidades que se capitalicen y registren como capital extranjero y las utilidades que a su vez produzcan gozarán del derecho de transferencia al exterior establecido por los artículos 6º y 10 de esta ley, respectivamente». El capital originario y aquellos otros en que se haga manifestación de voluntad de capitalizar gozarán del derecho de transferencia establecido en los artículos 6º y 10. Ello significa que no solamente se les faculta a enviar al extranjero el 8 % del capital originario, sino también que, como decimos, recibirá el mismo trato y tendrá igual antigüedad que el capital originario. Esta franquicia convencerá al capital que, por lo general, es timoroso y enemigo de correr el riesgo de obtener un margen escaso de ganancias.

El artículo 10 se refiere al plazo para el comienzo de la repatriación del capital, estableciendo que después de los 10 años de la fecha de inscripción en el registro con todas las formalidades de la ley —según se establezca en cada caso para autorizar la inversión— podrá irse retirando en cuotas del 10 al 20 %, en el término de 5 ó 10 años.

Al cumplirse los 10 años de la inscripción tendrían que pasar 15 años antes de que un capital, en el mejor de los casos, pudiera ser repatriado enteramente. Se supone que este plazo es suficiente para permitir una productividad satisfactoria y para que ese capital haya rendido sus frutos, especialmente en el ramo de la minería, de la que se espera una explotación racional y definitiva para el subsuelo argentino, que, repito, en algunos aspectos, nos es completamente desconocido y que ha sido sondeado y explorado sólo a instancias del gobierno del general Perón.

En ese plazo a que me refiero —de cinco o diez años—, si es que el capital es retirado en cuotas del 20 %, siempre se llegaría a los quince años. Ello determinaría un movimiento escalonado, ya que el movimiento brusco es inconveniente para la inversión de capitales. Bien sabemos lo que se ha hecho en otros tiempos a la sombra del famoso liberalismo: cuando los capitales concurrían a un país, producían un alza de precios, con la consiguiente especulación en materia de tierras especialmente, y cuando habían conseguido los precios que querían y creado el clima especial que ellos pregonaban, tranquilamente se retiraban íntegramente, provocando un colapso y un desequilibrio general. El pueblo, amparado por los principios del *laissez faire, laissez passer*, tenía aquella libertad liberticida de no poder defenderse, porque las cláusulas legales y constitucionales no se lo permitían.

Hay que ir no contra el capital, sino contra el capitalismo absorbente y degradante.

El artículo 11 es, en cierto modo, una cláusula para aquellos capitales que no hayan cumplido con los términos de la ley, vale decir, inscribirse con todas las formalidades y cumplir con el convenio del Poder Ejecutivo. Al no hacerlo, pierden los beneficios de la ley, y como no pueden ser individualizados, serán considerados nacionales y, por lo tanto, no podrán ser repatriados en las condiciones que hemos establecido.

El registro a que me refiero y que también ha sido maltratado en la otra Cámara reporta beneficios para el Estado y para el inversor. Para el primero, porque individualiza perfectamente los capitales a los fines del monto de la amortización, y para el segundo, porque al inscribirse sabe exactamente el monto que podrá ser objeto de exención aduanera y de un trato preferencial. De manera que es conveniente el registro tanto para los capitales como para el Estado en donde se inviertan.

El artículo 12 autoriza al Poder Ejecutivo para eximir total o parcialmente del pago de los derechos de aduana a los bienes físicos que se incorporen al país. El Poder Ejecutivo, por intermedio de sus organismos técnicos, sabrá dilucidar si esa pérdida de efectivo que podría ocasionar la exención de derechos aduaneros compensa los fines de una política de alta tecnificación y producción, como es la que propugna el segundo Plan Quinquenal.

En las mejores manos queda, es decir, en el poder administrador, que está informado, que guarda relación entre las necesidades generales, regionales y particulares, para afirmar en cada caso concreto si es conveniente a los intereses del país la exención de esos derechos aduaneros, para permitir la entrada de un capital determinado, que llevará a la alta tecnificación de la industria argentina.

Otro inciso del artículo 12, referente también a las franquicias, dice que el Poder Ejecutivo podrá declarar «de interés nacional» a la nueva actividad que se incorpore al país y aplicar en su favor las medidas de fomento y defensa previstas en la ley 13.892 (decreto 14.630, del 5 de junio de 1944), que tengo en mi mano y que, en general, provee algunos artículos de fomento para la industria nacional. El artículo de la ley 13.892, que convalida el decreto 14.630, puede aplicarse a los casos de interés nacional, y queda la puerta abierta para el capital productivo e inteligente que no quiera explotar al país, ajustándose a las disposiciones de la Constitución Nacional y, al mismo tiempo, se lleve un buen margen de interés y la posibilidad de repatriación de su capital en un tiempo relativamente corto para estas inversiones de aliento.

De esta forma, estoy segura de que la reactivación económica que propugna el segundo Plan Quinquenal será una verdadera razón y no, como también dijo la senadora Rodríguez Leonardi de Rosales ayer, porque el Plan Quinquenal necesita de los capitales extranjeros, sino porque el Plan Quinquenal aspira a la alta tecnificación de la industria argentina, la que se logrará por medio de este capital extranjero inteligente, inclusive por el elemento humano capacitado que quiera, una vez más, paralelamente a nosotros, trabajar por el engrandecimiento de nuestra patria, siempre bajo la mirada vigilante y atenta del conductor de la nueva Argentina, nuestro líder el general Perón.

Nada más. (*Aplausos prolongados en las bancas y en las galerías.*)

**Sr. Riera.** — Pido la palabra.

Señor presidente: como miembro de la Comisión de Presupuesto, Hacienda y Asuntos Económicos voy a emitir mi opinión favorable al proyecto despachado por la comisión y que está a consideración de esta Honorable Cámara.

Después de escuchar la palabra del miembro informante de la comisión, la señora senadora por Córdoba, y el informe de la señora senadora por la provincia Eva Perón adhiriendo al mismo, mis palabras, anticipatorias al voto favorable, me van a permitir hacer más bien un enfoque doctrinario, y en tal sentido quiero dejar establecido que el proyecto enviado por el Poder Ejecutivo encuadra perfectamente dentro de nuestra ley, dentro de la doctrina peronista y dentro de los preceptos sabios de nuestra Constitución Nacional.

Cuando en la sesión del día primero de diciembre pasado, realizada en el recinto de la Honorable Cámara de Diputados, escuchamos la palabra del excelentísimo señor presidente de la República inaugurando la serie de reuniones en las que escuchamos posteriormente las exposiciones del señor ministro de Asuntos Técnicos, nos dimos cuenta inmediatamente los senadores y diputados de la Nación de que nos

encontrábamos ante uno de los hechos extraordinarios en la vida nacional, uno de esos hechos que por sí solos marcan en el decurso de la historia de los pueblos el significado trascendente, claro y definitivo de una patria fijando su propio rumbo y señalando su propio derrotero, bajo la guía augusta de quien ya había marcado la etapa inicial del reencuentro argentino.

Por boca del señor presidente, el país supo en ese su momento alto y preciso de un programa hecho mística en los labios monitores del jefe y conductor, que al propio tiempo que proclamaba los resultados de una era de trabajo reclamaba de los argentinos la colaboración para una nueva etapa de acción en la jornada sin tregua de la marcha ascensional de la República.

Hablaba del segundo Plan Quinquenal, y al hacerlo, su voz de tribuno y de patriota era, por su elocuencia y sinceridad, fuego quemante que alentaba la obra por la consecución de un ideal superior, y también hilo mágico que iba uniendo con serena persuasión de conductor insigne a los corazones argentinos, incorporándolos a la caravana de los hombres que de frente acometían la lucha de la segunda etapa afianzadora de la felicidad y grandeza de la patria.

El pueblo así se enteró del plan de Perón; vió y entendió que cada página de cada capítulo era un canto de fe en el destino venturoso de la Nación, y cada objetivo, lanza dirigida a golpear con impacto seguro en lo más hondo del alma nacional, instándola a lograrlos como único medio de asentar para la República la real efectividad de su grandeza y de su felicidad.

El plan se conoce y se está realizando, y puede afirmarse, sin temor de caer en exagerado celo partidario —al decir de nuestros adversarios—, que cada argentino, en un todo de acuerdo con la consigna presidencial, tiene acabada noción del papel que les corresponde a todos en el esfuerzo coordinado para su cumplimiento total.

Cuando en el año 1947 el presidente Perón anunció para el país la aplicación de su primer Plan Quinquenal de gobierno, ya el ilustre estadista tenía noción exacta de sus maravillosas realizaciones, muchas de las cuales habían de necesitar otros esfuerzos, en etapas sucesivas, para lograr la total grandeza nacional, todo con vista a la efectiva consolidación de los principios básicos del movimiento peronista: la justicia social, la soberanía política y la independencia económica.

Miles de obras públicas desparramadas en distintos y distantes lugares del territorio patrio, servicios públicos en manos del Estado, nueva legislación social señalando a los trabajadores del mundo una nueva idea de justicia y de liberación, sin problemas internos y en respetada posición internacional; con un movimiento que había hecho posible el bienestar material de millones de

argentinos, sin olvidar ni subestimar, sino exaltando los valores espirituales del pueblo, fueron hechos que arquitecturaron en el cielo de la patria el arco triunfal de las realizaciones peronistas, arco triunfal que se estira y se proyecta sobre el futuro luminoso, a través de las seguras realidades del segundo plan de gobierno.

Dije al principio que el mismo se está cumpliendo: como parte e índice certero de ello, es que el Congreso, día a día, está recibiendo proyectos del Poder Ejecutivo relacionados con su aplicación, y que seguirá recibéndolos hasta cumplir con los objetivos trazados, de sancionar muchísimas leyes que hagan efectiva la ejecución de planes preestablecidos, y a ejecutarse en beneficio de su destinatario: el pueblo.

En estos momentos el Senado argentino trata un proyecto de ley venido en revisión de la Honorable Cámara de Diputados que, al fijar normas para las inversiones de capital extranjero en nuestro país, cumple con previsiones contenidas en el segundo Plan Quinquenal, en su capítulo XVIII-G-7, correspondiente a comercio exterior, cuando dice: «Es objetivo permanente de la Nación favorecer el intercambio internacional de conocimientos técnicos y estimular el ingreso de capitales productivos que deseen cooperar en el desarrollo económico del país».

Señor presidente: como ya dije, la Cámara ha escuchado ayer el informe meduloso e ilustrado de la señora senadora por Córdoba, miembro informante de la Comisión de Presupuesto, Hacienda y Asuntos Económicos, como asimismo el acabado informe que en particular diera la señora senadora por la provincia Eva Perón.

No he de molestar mucho la atención de mis colegas en este asunto sobre la radicación de capitales extranjeros, que espera la sanción del alto cuerpo y que fuera muy bien tratado en los amplísimos debates habidos en la Honorable Cámara de Diputados.

El tema es, desde luego, de sugestiva y trascendental importancia, y su enfoque me llevaría inicialmente a hacer el proceso histórico del mismo, es decir, desde el momento cómo los capitales extranjeros empezaron sus primeras inversiones y asentaron sus reales en la economía argentina.

El papel que ellos jugaron, importante y fundamental por cierto, en una Argentina de enormes posibilidades y facilidades para asegurar positivos y grandes dividendos, el papel que desempeñaron capitales de «puro tipo clásico, frío y succionador», en los aspectos económicos, políticos y sociales de la República; esa verdad que no creo del caso repetirla, de humillación o de entrega, especie de eclipse, ni honra a los gobiernos ni a los partidos ni a los hombres que lo hicieron y consintieron, y a quienes reclamará siempre la patria viva e intangible, en sus valores eternos de soberanía, de justicia y de libertad.



Después, la etapa de Perón, así dicha simplemente. Con ella, la nacionalización de capitales extranjeros, es decir, los que el gobierno consideró como resortes económicos de indudable importancia para la economía del país, y que hacía a la misma forma soberana de gobierno, para realizar la política de dignidad y de bienestar del pueblo que él se había propuesto.

Todo esto, que he dicho en apretada síntesis, tratado con amplitud demandaría varias horas de exposición, pero es distinto a lo que quiero referirme como peronista y como senador de la Nación, en este importantísimo asunto.

El proyecto enviado, que consta de 12 artículos, nos da la tónica legal de la política con que el Poder Ejecutivo de la Nación encara la incorporación de capitales extranjeros al desarrollo del país. Los considerandos que acompañan al mismo dicen, con conocimiento y claros conceptos, de los móviles que le llamaron a someter al Congreso Nacional el citado proyecto.

Señor presidente: yo entiendo que esta iniciativa del Poder Ejecutivo está colocada y afirmada dentro de los postulados de la doctrina nacional, que encuadra perfectamente en las disposiciones nobilísimas de la Constitución justicialista, y para hacer lo que el pueblo quiere la hace presente en el recinto de las discusiones públicas para que sirva como mensaje dirigido hacia los pueblos de la tierra que quieran, con sus capitales y con sus hombres, en un pie de igualdad, de garantía y de respeto, compartir el esfuerzo argentino de cumplir con un plan cuya única ambición es —y ya es tiempo que lo entiendan— hacer la prosperidad de la República y el supremo bienestar del pueblo argentino. Cuando un proyecto viene así inspirado, merece nuestro aplauso, nuestro apoyo y nuestro voto.

El segundo Plan Quinquenal incluye, entre sus prescripciones, como objetivo permanente, auspiciar y promover el movimiento y la radiación de capitales extranjeros productivos que deseen cooperar con nuestro desarrollo económico, y hace referencias especiales en los capítulos XII y XVII, sobre minería e industrias, respectivamente.

En el año 1949 las inversiones extranjeras ascendían a la suma de \$ 7.300.000.000; dentro del período 1946/1952 la política nacionalizadora de servicios públicos y la repatriación de la deuda externa originaron una disminución del saldo de esas inversiones. Esta medida, lo sabe muy bien el pueblo, contribuyó a consolidar la independencia política y económica de la Nación. Lo sabe también, porque contribuyó para ello, ya que el primer plan de gobierno 1947/51 fué financiado principalmente con ahorro nacional, y si bien es cierto que el segundo plan asienta igualmente sus posibilidades de inversión en el ahorro nacional, la mención de las inversiones extranjeras fija clara y de manera

inequívocamente terminante que la República no rechaza los capitales humanizados, sino que les ofrece, dentro de un programa práctico y seguro de trabajo, amplísimos horizontes, como pocos países de la tierra pueden hacerlo.

Lo que desco hacer resaltar en este punto, señor presidente, es que la letra y el espíritu de la doctrina peronista campean en este proyecto de honda significación. Pese a lo que digan, mantenemos en alto, como en los días iniciales de la revolución, las banderas intocadas de sus principios monitores. No cambia Perón ni se altera su política, ni se pretende entregar la patria a los capitales aventureros, ni éstos entrarían jamás a clavar el puñal de su avaricia en la economía nacional; ni arria la República el pendón de sus glorias, ni Perón traiciona a su pueblo. Cuando algunos piensan que lo que estamos tratando es un retroceso en la emancipación económica de la Nación, más valiera, frente a ellos, callar y mostrar, en cambio, con orgullosa satisfacción, cómo enfrenta la dinámica de la revolución a las nuevas tendencias de la economía de los pueblos y al nuevo planeamiento de la economía argentina, dentro del severo y augusto marco de la Constitución Nacional.

Es aquí, señor presidente, donde alzamos la voz de nuestras convicciones, afirmando la actitud de solidaridad del Senado peronista con este proyecto de ley.

Vivimos los argentinos, malgrado la opinión de algunos, la realidad de la total vigencia jurídica que hace efectivo su amparo a las actividades de quienes, noble y honradamente, coadyuvan o quieran coadyuvar al bienestar general creando, dentro del juego de sus disposiciones, un régimen de seguridad y garantía internas que da, con respecto a los capitales extranjeros, el índice certero de la actualidad argentina, que es de orden, es de respeto, de dignidad y de buena voluntad; que no es de regresión, ni es debilidad, ni es falsamiento de principios que hacen a la vida misma del movimiento, ni puerta abierta a capitales absorbentes e inhumanos.

Es un proyecto que el Poder Ejecutivo ha enviado luego de un estudio serio y meditado, avalado por el antecedente de que ya el presidente de la República, en el año 1949, en el mensaje dirigido al Congreso de la Nación, fijara con claridad cuál era el verdadero concepto y las actividades a que podrían dedicarse los capitales extranjeros que ingresaran al país.

Y, dando la exacta medida de los fundamentos y alcances de la iniciativa, están allí, en soberana custodia, los artículos de la Constitución Nacional, principios de dignidad, de solidaridad, de soberanía, estampados para siempre en la Carta Magna por la revolución justicialista, indicándonos, junto con el pensamiento rector de su líder, una concepción más humana de los hechos destinados al bien de lo que ya es deno-

minador común de los afanes y esfuerzos peronistas: la permanente y efectiva felicidad de las masas argentinas.

Cuando la Constitución establece: «La propiedad privada tiene una función social y, en consecuencia, estará sometida a las obligaciones que establezca la ley con fines de bien común», «El capital debe estar al servicio de la economía nacional y tener como principal objeto el bienestar social», «La organización de la riqueza y su explotación tiene por fin el bienestar del pueblo dentro de un orden económico, conforme a los principios de la justicia social», está dando a los argentinos y a los hombres del mundo, en una verdad que no admite reparos, las bases en que se asienta el proyecto enviado, bases que no son otras que propender al desarrollo cada vez más intenso de la Nación, dentro del estricto cumplimiento de las cláusulas supremas de la Constitución del pueblo.

El llamado está formulado. Sabemos los argentinos que los capitales honrados y bienintencionados vendrán, y que ya asentados en el rico y promisorio escenario de sus actividades, ellos tomarán la tónica de nuestras ambiciones y de nuestras inquietudes, y servirán, con los capitales argentinos y con el Estado, bebiendo en la purísima esencia de la doctrina y el alma nacional, a alentar el ideal superior que nos anima de conseguir para nosotros y para todos la sencilla felicidad que da el trabajo en medio de la paz, de la unidad y de la comprensión. ¡Muy bien!

Señor presidente: se ha dicho que constituye la República Argentina el país del futuro. Frente a ello, dejemos por un momento de lado lo que para algunos y los observadores de afuera podría ser una frase literaria o un exagerado optimismo que nos da la realidad magnífica que gozamos y la visión de una patria cuyo porvenir lisonjero y fecundo no tan sólo ya entrevemos los argentinos, sino que lo ven hombres de otras tierras. Dejemos de lado, incluso, lo que podría tomarse como propaganda partidaria o celo sectario, que darian lugar a la inventiva de hechos tendientes a deformar la situación de la Nación frente a un proyecto que trata de los capitales que deseen llegar a esta tierra en busca de campo propicio a sus buenas actividades.

Más aún: contengamos por un momento el estremecerse del alma pugnando por gritar el orgullo de decir tantas cosas justas y bellas.

¿Cuál es el panorama que ofrece la Nación a los ojos del mundo? Antes que nada, constituimos, por la voluntad irrevocable del pueblo guiado por el conductor, una Nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana: tres banderas que hacen más resplandecer el blanco y azul de la primigenia, más verde el verde de su oliva y más brillantes los rayos de su sol. Sobre esas tres banderas construye la Argentina, la nueva Argentina de Perón y de Evita, el futuro promisorio que le

Sobre la extensión de sus 4.000.000 de kilómetros cuadrados, 18.000.000 de argentinos, jornada por jornada, laboran el pan ciudadano de la vida hecha trabajo al amparo de sus leyes libres; libres para los libres pero no para los liberticidas. El pueblo goza de los beneficios incalculables de la paz, la libertad, la justicia y la seguridad social. En ese medio, ciudades, verdaderas colmenas humanas, y al frente la hermana mayor, esta gran capital mostrando al propio y al extraño la mágica ascensión de su progreso, de su cultura y de su potencialidad; en todas ellas, fábricas y talleres, universidades y escuelas; más allá, y fuera de sus límites, campos, ríos y montañas, ganadería, agricultura, bosques, pesca, minería; rugir de locomotoras y transportes trayendo con el canto de su riel y de sus motores, el esfuerzo fecundo de la Nación hacia la gran puerta por donde la República envía a los puertos del mundo, junto con la bandera elevada al tope de los mástiles amigos, el trabajo y el amor de una República joven, gallarda y pujante. Este es el presente: estabilidad económica, tranquilidad social, unidad nacional; avalado por esto, el futuro: ahí proyectado por el líder y ejecutándose con viril entusiasmo y apoyo por el pueblo, el segundo Plan Quinquenal ofreciendo la maravillosa perspectiva del esfuerzo más intenso, de las actividades más nobles, del concurso fraterno, de la solidaria lucha por el engrandecimiento común.

Esto es lo fundamental, el espíritu amplio, propio de esta tierra generosa cuidando la oportunidad para que los hombres y los capitales del mundo lleguen a estas playas a cooperar con el gigantesco trajinar argentino de la hora. Que lleguen, señor presidente, con los mismos sentimientos con que llegan a nuestras playas y los recibiremos como recibimos a todas las razas del mundo, con los mismos sentimientos amigos y buenos. Que vengan a convivir con nosotros días interminables de jornadas laboriosas; que traigan sus corazones limpios de malévolas intenciones y se estrechen con los hijos de esta patria en el abrazo sincero y amistoso de las nobles equivalencias; que así como muchos apellidos de extranjeros ilustres sirvieron para bautizar accidentes de la costa patagónica y nombres de escuelas, podamos decir que cada capital nuevo que ingrese al país es noble aporte al peldaño de la escalera ascension de la patria.

Este es el espíritu que anima a los argentinos y es la posición de la República, generosa y solidaria, altiva pero no despota, respetuosa y respetada. Somos, por sobre cualquier interés material, una tradición de paz, de hermandad, de buena fe. Constituimos un pueblo feliz, que queremos simplemente que esa felicidad y la alegría de vivir no sólo sea sentida por nosotros, sino desparrramada y entregada para el mundo sin otro fin que el de servir solidaria y permanentemente los objetivos de una humanidad más buena, más equilibrada y constructiva. Y hasta querriamos, señor presidente, que



el trigo nuestro formara parte de ese pan que alguna vez pudiera servirse en la comunión espiritual y sea prenda de amistad para toda la humanidad del presente y del futuro.

Para ello, ¿qué mejor que terminar mi exposición con estas palabras del general Perón? Decía y dice siempre el líder: «Nuestra doctrina no se ampara bajo ninguna bandera de batalla ni escuda la mano de ninguna agresión imperialista, ni pretende realizar el dominio económico del mundo, ni aspira a imponer sobre los pueblos del mundo una determinada justicia o una determinada libertad».

«Libre de toda atadura material de orden económico y de toda atadura a los extremos ideológicos, la República Argentina puede hablar con igual altura moral frente a todos los países del mundo; y nuestra tercera posición justicialista nos permite buscar y hallar siempre las coincidencias necesarias como para que en esa tercera posición la humanidad encuentre su camino».

«La doctrina del movimiento peronista ya no es propiedad absoluta de Perón ni del peronismo, ni siquiera de los argentinos. Pertenecen a todos los hombres y a todos los pueblos que quieran utilizarla como camino de liberación».

«Frente a un mundo absolutamente dividido en dos fracciones diametralmente opuestas de individualismo y colectivismo, nosotros realizamos en nuestro país, y proponemos a la humanidad, la doctrina del equilibrio y la armonía del individuo y la colectividad por la justicia social que dignifica al trabajo, que humaniza el capital, que eleva la cultura social, que suprime la explotación del hombre por el hombre, que produce la realidad positiva de los derechos del trabajador, del anciano, del niño y de la familia, de tal manera que el «nosotros» de la sociedad se realiza y perfecciona por el yo individual, dignificado como persona humana».

«Ese fué el propósito que anunciamos en 1943. Lo repetimos por todo el país durante el período revolucionario propiamente dicho. Me sirvió de bandera en la campaña preelectoral de 1946. Lo anuncié como programa social el 4 de junio de 1946 al tomar posesión del poder. Lo establecimos constitucionalmente en 1949. Y lo seguiremos alentando, consolidando y perfeccionando, convencidos de que vamos por el camino de las verdaderas soluciones, desde que el pueblo sigue con nosotros con su misma fe y con su mismo entusiasmo.»

Con esas palabras del excelentísimo señor presidente de la Nación, general Perón, he terminado mi exposición adhiriéndome en forma calurosa y entusiasta con mi voto favorable al despacho presentado por la Comisión de Presupuesto, Hacienda y Asuntos Económicos. *(Aplausos prolongados.)*

Sr. Correa. — Pido la palabra.

Señor presidente: el despacho que está considerando la Honorable Cámara es una nueva

expresión del espíritu que anima a la nueva Argentina. La doctrina peronista no se ha contentado con crear una nueva conciencia social en la Nación. Sus proyecciones son vastas y van a la raíz de los males que aquejaban al cuerpo nacional.

Para asentar las conquistas de orden social, que son ya una indiscutible y admirada realidad en nuestro país, Perón comprendió con claridad que era menester robustecer la economía para que pudiera servir los fundamentales intereses de la sociedad.

Por eso, desde su advenimiento al gobierno sus ideas fueron concretadas en un formidable cuerpo de leyes que han dado una nueva fisonomía a la República y que han creado para sus habitantes una atmósfera de paz espiritual y de seguridad económica que nadie se hubiera aventurado a predecir. Es que su genio de estadista y gobernante conoce profundamente los problemas argentinos y lleva en su entraña un sentido de valorización humana que es la razón de su gloria presente y futura.

No he de hablar sobre el fondo de este asunto. El ha sido luminosamente abordado por los oradores que me han precedido en el uso de la palabra. Sólo he de referirme en forma tangencial a algunos de los aspectos del proyecto, pues mi propósito, al pronunciar estas palabras, se dirige únicamente a destacar aquí como obrero, como representante de las fuerzas del trabajo, la trascendencia que le asignamos a esta iniciativa.

La radicación de capitales extranjeros en nuestro país es un problema viejo. Lo que confiere fundamental importancia al proyecto del Poder Ejecutivo que la Cámara de Diputados nos ha enviado en revisión, es el sentido que lo informa, orientado no sólo a la defensa de los intereses sagrados del país sino a la satisfacción de las nuevas necesidades creadas por la última guerra que soportó el mundo, que desequilibró el juego normal del mercado internacional de capitales, el cual al acudir con sus créditos a corto y a largo plazo, desde la zona de excedentes a la de escasez, producía como consecuencia una nivelación entre la oferta y la demanda de capitales necesarios para la explotación de las riquezas naturales. Y para otra clase de inversiones, como resultado de ello, muchos países debieron establecer controles de cambio sobre el movimiento de capitales. Tal estado de cosas fué directamente seguido de un dislocamiento del mercado internacional de capitales. Es natural que la perturbación profunda operada en el mercado internacional de capitales ha de continuar por mucho tiempo, ya que las posibilidades previsibles de restauración al estado normal no se advierten todavía.

¿Cuál es el remedio que se ofrece como más eficaz para conjurar los peligros que representa esta situación? Sin duda, señor presidente, y en

primer término, la planificación de las economías de cada uno de los países, con vistas a una cobertura contra la ofensiva industrial de los países de industrias fuertes que gravitaría y gravita sobre el bienestar social de los pueblos y sobre su nivel de vida.

Nuestro país sabe, porque es una lección apreciable que debe a la doctrina peronista, que ya no es posible confiar demasiado en la ayuda exterior. De ahí que busque la realización de inversiones de capital, pero sujetas a una condición, a una condición básica, que vengan a incorporarse integralmente a la colectividad nacional para servir a sus auténticos intereses dentro de un espíritu de justicia y de bienestar social.

Los países en pleno desarrollo económico e industrial tienen ya conciencia formada de su gravitación en el juego regular de la economía mundial. El mundo se ha reducido mucho, señores senadores. Ningún país puede decir en esta hora de la historia que vive una vida integralmente individual. Se ha creado una verdadera interdependencia de todos los países del universo y, por consiguiente, ya no hay país absolutamente grande ni país absolutamente pequeño.

Cada nación debe propender a su propio desarrollo económico, pero ha de prescindir, dentro de lo posible, de la ayuda de capitales exteriores; tal desarrollo debe estimularse a base de inversiones internas, de inversiones de ahorro nacional.

Nuestro país conoce la triste experiencia de las inversiones de capitales exteriores, sobre todo de las realizadas a corto plazo. Está en la conciencia de los señores senadores, y desde el advenimiento de Perón se ha hecho carne en el espíritu del pueblo, que muchas de ellas se hacían a costa de los intereses nacionales, apenas a medias amparados por la liberalidad de nuestras instituciones. No niego, señor presidente, que la contribución del capital foráneo, sobre todo de la realizada a largo plazo, ha contribuido al progreso del país, pero nadie desconoce la verdad de lo que antes he afirmado: en gran parte el capital exterior fué invertido con un riguroso espíritu de especulación y de lucro desmedido. Son bien conocidas las maniobras de que se valía para disimular ganancias, con el objeto de abultar los capitales para cohonestar ficticios servicios financieros al exterior —la presentación de falsos rendimientos del capital invertido— y lograr condiciones favorables para el caso de una hipotética ley de expropiación.

La gravitación de estos hechos fué decisiva para el desarrollo integral de la Nación y para el bienestar del pueblo. Comprendiéndolo así, el gobierno de Perón resolvió el problema con tajante decisión. Había que salvar a la República y liberar a sus hijos de la influencia negativa del capitalismo. Y así lo hizo.

Consecuente con la idea de que nuestra economía y nuestro desarrollo industrial deberían tonificarse con el empleo del ahorro nacional, se financió el primer Plan Quinquenal sobre esa base. Ello trajo como consecuencia lógica una disminución sensible de inversiones extranjeras y la incrementación del capital argentino en casi un cincuenta por ciento, durante el lapso 1945-1951. Pero esta idea no es absoluta y excluyente. Bien se comprende que el capital extranjero contribuye eficazmente al desarrollo nacional, pero para que esto suceda deben ser capitales productivos, movilizables con un sentido de cooperación en nuestra promoción económica y dispuestos a efectuar el aporte de su contribución en el aspecto tecnológico.

Por eso, el segundo Plan Quinquenal auspicia, y lo consigna como uno de sus objetivos permanentes, la radicación de capitales extranjeros, a condición de que se ajusten a nuestras disposiciones constitucionales, es decir, que estén penetrados del sentido social de nuestra economía. Por otra parte, resultan por demás elocuentes las disposiciones contenidas en el capítulo XVII G. 10, relacionado con la industria, que deseo reproducir textualmente. Dice así: «La radicación de industrias extranjeras en el país será promovida en orden al cumplimiento de los objetivos del presente plan. El Estado auspiciará especialmente la radicación de aquellas industrias de alta eficiencia técnica, asignándoles prioridad en alta eficiencia técnica, asignándoles prioridad en función del interés general y de la defensa nacional.

«El auspicio y la promoción de la radicación industrial serán llevados a cabo mediante la oportuna aplicación de un sistema especial de facilidades que comprende la liberación de derechos aduaneros, exenciones impositivas, ventajas cambiarias adecuadas, créditos adecuados para el desenvolvimiento normal de las empresas, sin perjuicio de los intereses legítimos de las empresas nacionales.»

El espíritu que constituye la entraña de la Constitución justicialista en este aspecto es el de la función social del capital y de la propiedad. De allí que toda inversión extranjera deberá estar inspirada en un propósito indeclinable de armonizar sus intereses con los intereses de la Nación. Así, y sólo así, serán admitidos. Con esa condición, el proyecto garantiza a los capitales internacionales el mismo tratamiento que a los nacionales.

Las disposiciones contenidas en el articulado de la ley tienden a convertir en fecunda realidad los altos propósitos que se persiguen. No hay duda, señor presidente, de que con esta iniciativa se abre una inmensa posibilidad de bien para la patria y para el pueblo.

El obrero argentino puede estar seguro de que el capital, que cuando está bien inspirado y bien orientado es un aliado irremplazable del trabajo mismo, no ha de gravitar ya, como

sucedía en horas pretéritas, sobre los salarios y sobre la producción. Puede estar definitivamente persuadido de que la explotación no podrá realizarse, porque el Estado defiende sus intereses, que son los intereses de la Nación misma. Puede estar definitivamente convencido de que el crimen de lesa humanidad que cometía el capital extranjero al olvidar elementales normas de previsión y de seguridad del hombre ha pasado a ser un trágico recuerdo, para convertirse hoy, por imperio de la doctrina peronista y por mandato de la Constitución y de la ley que estamos considerando, que no es sino su consecuencia, en normas jurídicas y prácticas que facilitarán el desarrollo de nuestra riqueza y el robustecimiento del capital humano, fin de toda sociedad organizada.

La masa laboriosa, que con su brazo y con su pensamiento construye todos los días la arquitectura de la República, queda así al abrigo de toda suerte de asechanzas. Y, entonces, cuando llegue la hora del descanso, tras una jornada fatigosa y fecunda, ha de poder entregarse al sueño reparador en la seguridad feliz de que sus manos no han fundido ese día un eslabón más en la cadena de su propia esclavitud. El capital tendrá ya corazón y, por ello, la obra creadora del hombre estará impulsada por la seguridad de un mañana venturoso. Por su parte, el capital tendrá la garantía de una justa retribución a sus inversiones, y así, mancomunado uno y otro, terminarán de diseñar la fisonomía de esta patria nuestra, grande y justa, libre y soberana.

Como hombre de ese pueblo, como unidad dentro de la masa laboriosa que conoce como nadie las terribles consecuencias del estado de cosas imperante en la Nación antes de la aparición venturosa del Libertador de la Repúbli-

ca, con su doctrina de recuperación de nuestra economía, de creación de una nueva conciencia social y de una más justa valoración del hombre, aplaudo entusiastamente este estatuto, porque veo en él una magnífica seguridad para el presente y una luminosa promesa para el porvenir.

Votemos, señoras senadoras y señores senadores, este despacho, seguros de que así habremos dado una nueva ley fundamental a la Nación, prosiguiendo la común tarea de trabajar por su grandeza y por la felicidad del pueblo.

Nada más, señor presidente. (*Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

2

#### CUARTO INTERMEDIO

**Sr. De Faolis.** — Pido la palabra.

Hago moción para que pasemos a cuarto intermedio hasta mañana a las 9 y 30.

—Apoyado.

**Sr. Presidente (Teisairé).** — Se va a votar la moción formulada por el señor senador por Mendoza.

—Se vota y resulta afirmativa.

**Sr. Presidente (Teisairé).** — Invito a los señores senadores a pasar a cuarto intermedio hasta mañana a las 9 y 30.

—Así se hace, siendo las 18 y 8.

CARLOS E. MALLADA.  
Director del Cuerpo de Taquígrafos.